

MOREA, Alejandro, *El Ejército de la revolución. Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2020, 226 pp.

El Ejército de la Revolución de Alejandro Morea trata, en principio, sobre el Ejército Auxiliar del Perú, una de las fuerzas de guerra con las que los gobiernos revolucionarios establecidos en Buenos Aires pretendieron asegurar la adhesión de los territorios que habían conformado el Virreinato del Río de la Plata. Quien se enfrasque en su lectura apreciará la impecable reconstrucción de su derrotero, que no escatima detalles en el análisis de su organización y composición ni tensión en la narración de sus victorias y reveses. Sin embargo, el libro ofrece bastante más: una historia del Ejército Auxiliar del Perú que es al mismo tiempo un relato integral de la revolución rioplatense. Esta apuesta (que recupera en gran medida el binomio de guerra y revolución canonizado por Tulio Halperin Donghi¹) es fruto de una genuina preocupación por trascender los rótulos a los que muchas veces es tan propensa la disciplina de la historia. Así, el autor ensaya una exitosa imbricación de supuestos históricos e historiográficos, de enfoques teóricos y metodológicos que en los últimos años revitalizaron la historia de la guerra, la historia política y la historia social para abordar la guerra como fenómeno social, pero también como parte estructurante del proceso político revolucionario.

La tríada de campañas militares al Alto Perú entre 1810 y 1816 se despliega cronológicamente en los tres primeros capítulos, donde los pasajes descriptivos sobre el desplazamiento del Ejército Auxiliar, sus estrategias y las acciones bélicas se ensamblan con otros explicativos. Morea analiza, por ejemplo, el origen y sus objetivos militares y políticos, la escasez de oficiales formados, las dificultades para disciplinar a la tropa y evitar las deserciones, las vivencias de los soldados y sus intensos vínculos con los pobladores de las regiones donde se acantonaron y la función del ámbito castrense como espacio de sociabilidad. Todo ello sin desestimar la colisión de proyectos y la superposición de autoridades en un escenario político cambiante, tanto en Buenos Aires como en el interior de las Provincias Unidas.

El último tramo de la obra presenta, sin dudas, las contribuciones más sustanciosas, tanto por la riqueza informativa como por las sugerencias interpretativas. En efecto, el historiador retoma y profundiza los argumentos de su tesis doctoral² centrándose en la coyuntura de 1816-1820. La revolución en el Río de la Plata enfrentaba tiempos difíciles: el proyecto centralista porteño era desafiado por un interior reacio a menguar sus cuotas de autonomía y necesitaba imperiosamente reconstruir-

¹ Halperin Donghi, 2005.

² Morea, 2013.

se para sobrevivir, en un panorama internacional poco halagüeño. Y el ejército parecía jaqueado por la indisciplina y condenado al fracaso irremediable luego de la derrota de Sipe-Sipe en 1815 y la pérdida definitiva del Alto Perú.

1816 fue, en más de un sentido, un año decisivo. Poco después de la reunión del Congreso Constituyente en Tucumán y de la elección de Juan Manuel de Pueyrredón como Director Supremo comenzó a ejecutarse el mentado cambio de estrategia bélica que empujó al Ejército Auxiliar del Perú a un lugar marginal y encumbró a su par (y contracara) de Los Andes. Ese desplazamiento, como diagnóstica Morea, no se operó solamente en el plano militar circunscribiendo su espacio de actuación en las provincias interiores, sino también en el plano de la narrativa histórica. A partir de allí, poco y nada se sabe de la trayectoria de esta célebre fuerza militar. El carácter velado trasciende la epopeya canonizada por la historia militar tradicional y continúa permeando incluso las visiones más renovadas que pretenden integrar en una misma crónica la revolución y la guerra. La idea de la guerra como circunstancia relegada a lugares específicos y periféricos respecto de la capital y la imagen de un interior domesticado y encolumnado tras las directrices de la autoridad central explicarían dicha desatención.

La hechura del cuarto capítulo viene a saldar esta deuda, reponiendo además la conflictividad inherente a la revolución. El autor saca provecho de las violentas disputas, de las impugnaciones al orden y de la persecución de disidentes que caracterizaron al período para potenciar la interpretación que trasunta el libro: el Ejército Auxiliar del Perú fue el «ejército de la revolución». Lo fue por la extensión de su actuación, por la cantidad de hombres movilizados, por la notabilidad política de sus oficiales, por las batallas clave que libró, por el impacto que tuvo en el rumbo de la revolución, pero, fundamentalmente, por la coincidencia de intereses con los gobiernos centrales y su mutua dependencia. La «otra» función que tenían los ejércitos de la época es lo que se muestra de manera nítida en la última parte: además de consolidar a la nueva comunidad política, debieron apuntalar a las autoridades, garantizar lealtades y también reprimir a los díscolos. Este rol del Ejército Auxiliar, según Morea, se fue perfilando a lo largo de 1816 a partir de su intervención en la represión de los movimientos armados, como los ocurridos en La Rioja y Santiago del Estero durante ese año.

Los episodios mencionados evidenciaban el cuestionamiento del poder central por parte de las elites regionales, pero al mismo tiempo tensiones al interior de las mismas, mientras el Congreso sesionaba y discutía la elección de un nuevo Director Supremo. El fino análisis conjuga muchas dimensiones: la tensión entre politización de los ejércitos y militarización de la política, el rol de esta fuerza militar como representante del poder central y como «caja de resonancia», su comportamiento como actor colectivo, pero también los cursos de acción de ciertos individuos (Manuel Belgrano y Alejandro Heredia fueron dos de los nombres más rutilantes), su postura frente a los diversos proyectos en pugna. El peso que adquirió justamente el ejército en la resolución de este tipo de conflictos en la coyuntura abierta en 1816 fue lo que distinguió su dinámica respecto del desenlace de incidentes similares que tuvieron

lugar en otros espacios. Y para que ese peso fuese determinante, el gobierno central debió recuperar el control efectivo sobre una tropa levantisca y malograda. Un control que se reveló transitorio, cuando en 1820 el Ejército Auxiliar se amotinó en Arequito y se negó a enfrentar a las fuerzas federales lideradas por Estanislao López, Francisco Ramírez y José Gervasio Artigas, renegando así del papel que se le había asignado en el afianzamiento de la gobernabilidad en el interior y marcando el comienzo de su irreversible desintegración.

Para concluir, resulta oportuno regresar a 1816 y evocar el *Manifiesto del Congreso de las Provincias Unidas de Sud América*³. Su famoso lema «Fin a la revolución, principio al orden», que mostraba la necesidad de poner fin a la crisis abierta por la revolución y de acabar con las disensiones internas, bien podría ilustrar la existencia del Ejército Auxiliar del Alto Perú rescatada por Morea y, en especial, el último capítulo del libro. La ilusión, que asomaba detrás del tono imperativo, se desvanecería en 1820. El «ejército de la revolución» marcharía indefectiblemente hacia su final, triste y solitario, al igual que el centro de poder que una década atrás lo había gestado.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

Morea, Alejandro, *De militares a políticos. Los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú y la carrera de la revolución, 1816-1831*, tesis doctoral inédita, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2013.

Irina POLASTRELLI
Universidad Nacional de Rosario - CONICET

³ *Manifiesto del Congreso a los Pueblos*, Buenos Aires, Imprenta de Gandarillas y socios, 1816, disponible en <https://archive.org/details/manifiestodelcon00prov>.

